

nómina incluye —aunque, claro, algunas son muy breves— datos sobre el origen, el viaje, los quehaceres militares, las mercedes y encomiendas, salarios o percepciones, las deudas, la familia y la muerte de ellos, conquistadores venidos a Nueva España y Nueva Galicia entre 1519 y 1540. También se asientan otros datos recogidos de las mismas fuentes cuando los hay. El conjunto es impresionante, máxime si se piensa que el uso de abreviaturas —acaso excesivo— ha concentrado el material a sólo unas 600 cuartillas.

Sería prematuro juzgar de este trabajo ahora, que apenas lo conocemos. De los diccionarios, además, sólo después de usarlos y consultarlos unas cuantas veces se puede decir si satisfacen o no. Pero no dudamos de la seriedad del trabajo ni de la escrupulosidad de su autor en la recopilación del material, de modo que esperamos ver confirmada nuestra buena impresión y que este trabajo merezca una publicación formal.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

José GARCÍA PAYÓN: *Los monumentos arqueológicos de Malinalco*, edición preparada por Mario Colín, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1974, xxiv + 63 pp., croquis, mapas e ilustraciones.

La reimpresión facsimilar del pequeño libro del arqueólogo García Payón, originalmente publicado en 1947, provista de una "Nota introductoria" por Mario Colín, tiene un múltiple interés para los historiadores. Nos relata, primero, los resultados de las excavaciones del autor en la única de las zonas arqueológicas de la región que nos da una idea cabal y palpable de la monumentalidad de la arquitectura y escultura azteca *in situ*; segundo, nos informa del proceso administrativo que dio lugar a las excavaciones, y tercero, proporciona, especialmente con su "Interpretación de los edificios", es decir, con las especulaciones del arqueólogo sobre el significado de lo descubierto, material para una crítica historiográfica.

Aunque el texto se ocupa un poco de la geografía de Malinalco y de su desarrollo histórico, es conveniente establecer un marco de referencia más amplio para estudiar el trasfondo de este pueblo, que es uno de los de más larga y continuada ocupación en la historia de México.

A pesar de que García Payón insiste en que Malinalco forma parte del área cultural matlatzinca, y en que “las excavaciones han demostrado que la cultura azteca muy poca influencia tuvo en la cultura de la región”, cualquier estudio del habla malinalquense —y una cuidadosa observación de los apellidos aún existentes— revela que, si no la cultura azteca, por lo menos los hábitos lingüísticos de la cultura náhuatl han tenido un profundo arraigo y persisten, aunque ya nadie hable el idioma.

Como en varias otras de sus aseveraciones, el autor da poco apoyo a su afirmación de que “cabe desechar la leyenda que refiere la peregrinación azteca, la que ha sido aprovechada por varios escritores que han considerado que en Malinalco los aztecas abandonaron a la hermana de Huitzilopochtli, la Malinalxochitl, y que de aquí se originó el nombre de dicho poblado” (p. 8). Desde luego lo de “desechar leyendas”, que tienen su raciocinio y existencia propias, es harto difícil, y todavía más si están respaldadas tanto en códices —la *Tira de la peregrinación o Tira del Museo*— como en las informaciones documentales en náhuatl —las relaciones de Chimalpahin, la *Crónica mexicayotl*— donde Malinalco aparece claramente entre las “siete tribus” que salieron de Chicomoztoc. No es ésta la ocasión de discutir hasta qué punto la leyenda de la “bruja” Malinalxochitl, de su sacerdote y de Huitzilopochtli nos demuestra una ruptura mucho más significativa entre la magia sedentaria de la población nahua preexistente y la misión errante místico-castrense de los recién llegados aztecas, y aun entre prerrogativas matriarcales y patriarcales. Lo que sí es cierto, es que en las faldas sureñas de los volcanes y del Ajusco, área que incluye la región de Malinalco, existían unos magos poderosos a los cuales Moteczuma II acudió para interpretar los fenómenos infaustos que aparecieron a raíz de las incursiones españolas.

Sea como fuere, la guarnición azteca, establecida después de la conquista de la región por Tenochtitlan en 1476, debe de haber tenido mucha envergadura. Entre otras funciones, tenía la de ser vanguardia hacia la tierra caliente, además de constituir un gran centro ceremonial. Su importancia quedó manifiesta, como nos cuentan las *Cartas de relación*, por el hecho de que durante el sitio de la capital azteca Cortés tuvo que mandar una expedición bajo Andrés de Tapia para someter esta avanzada de la gran Tenochtitlan.

Una vez establecida la administración virreinal, Malinalco se

convirtió en alcaldía mayor. A partir de 1540 los agustinos establecieron allí su misión y tres años después empezaron a construir uno de sus primeros conventos, utilizando la cantera del centro ceremonial azteca. Los recién descubiertos murales del convento valen un intensivo estudio del sincretismo artístico euro-mesoamericano.

En el siglo xvii los jesuitas establecieron tres haciendas en la jurisdicción de Malinalco, a la vez que la magia prehispánica vio su resurrección en el culto a Nuestro Señor de Chalma. Había sido avivado, bajo patrocinio agustino, por un ex arriero mestizo proveniente de Huejotzingo, otra población de las "siete tribus". La importancia económica de Malinalco se demuestra en el padrón fiscal de 1784, que habla de un tributo anual de unos 7 000 pesos para la corona, y casi tres veces este monto, más de 20 000 pesos, de impuestos eclesiásticos.

Con la independencia, Malinalco, que había perdido su rango de alcaldía mayor al establecerse las intendencias, además de sufrir la expulsión de los jesuitas, tuvo que ceder su preponderancia a Toluca y Tenancingo, conservando sólo el yermo de Chalma como "vaca lechera" de la orden agustina y de los comerciantes y políticos locales. Por la falta de comunicación, la hegemonía de estos tres grupos parecía estar asegurada.

Las intervenciones del gobierno estatal y federal eran bien parcas y se limitaban a la recaudación de rentas. No fue sino hasta 1894 cuando alguien se interesó en el pasado del pueblo. El general José Vicente Villada, gobernador del estado de México, mandó recoger de sus habitantes el famoso *tlalpanhuehuetl*, el "tambor de Malinalco". Este primoroso ejemplo del arte azteca se convirtió en importante pieza del museo del estado, para luego formar parte del tesoro del Museo Nacional de Antropología, y fue hecho objeto de un cuidadoso estudio del *Altmeister* de la etnografía en México, Eduard Seler (a cuyo relato el autor dedica las páginas 61 a 63).

Mientras tanto, persistía el "cerro de los ídolos" como lugar poco fausto para los habitantes y origen de conjeturas para varios estudiosos de la cultura prehispánica. Luego, el 8 de diciembre de 1935, el general Lázaro Cárdenas, como primer mandatario, visitó a Malinalco y al cerro de los ídolos y giró órdenes para que se practicase una excavación que fue encomendada a García Payón. Empezó su primera temporada de trabajo el 23 de marzo siguiente, a la cual siguieron las de 1937 y 1939.

Aunque menciona “una serie de sondeos y calas que han sido descritos en otro trabajo inédito” y habla de “vestigios de una subestructura correspondiente a la última época matlatzinca, es decir, anterior al año 1476”, el autor no profundiza en la estratigrafía descubierta.

Sin embargo, García Payón nos da una cuidadosa descripción de los seis monumentos excavados —entre ellos el famoso templo monolítico circular— y tenemos que agradecerle especialmente la ilustración que reproduce el mural encontrado en el Monumento III, que desgraciadamente fue borrado por la intemperie en los últimos quince años debido a falta de cuidado en su conservación.

El autor ensalza debidamente el increíble esfuerzo que representó la tala de la roca con herramientas neolíticas, como cinceles de roca de andesita, algunos de los cuales se encontraron todavía en los edificios, ya que la conquista interrumpió los trabajos.

Al discutir las premisas de la construcción, García Payón insiste en que “muchas... personas... negaron y todavía niegan que [los pueblos prehispánicos] conocían la hechura de planos; por medio de este monumento queda desvirtuada esta falsedad... porque en un conglomerado tal como lo formaba esta masa monolítica, era del todo imposible que los artífices... iniciaran su trabajo sin un plano preconcebido...” (p. 25), para luego contradecirse, en la página siguiente, al afirmar que las escaleras del edificio “son bastante irregulares, como todo el edificio”.

Como se puede apreciar, las conclusiones son a veces algo osadas, e introducen certidumbres donde quedarían mejor simples hipótesis.

Algo semejante acontece cuando el arqueólogo expresa “la firme convicción de que, como el *ocelotl*, estas tres águilas [que forman parte del recinto circular del templo monolítico] están representadas simplemente por su piel, porque si su actitud fuera de reposo no estarían tan achatadas, ni sus garras tendidas hacia atrás; y si estuvieran en actitud de vuelo, los artífices indígenas, que fueron grandes observadores de la naturaleza y pudieron realizar todas estas maravillas, les habrían abierto más ampliamente las alas” (p. 29). Parece una interpretación sobradamente positivista, ya que los conceptos de representación plástica de la cultura azteca atienden más a la verosimilitud y a la abstracción que a la imitación naturalista.

Desde luego, tenemos que tener presente que el autor publicó

su libro en 1947. Hoy en día un relato de las manifestaciones mesoamericanas tomaría a la arqueología como disciplina auxiliar para llegar a una estimación del proceso histórico y de sus productos materiales.

Sin embargo, el problema del historiador no se limita a la interpretación de un sitio prehispánico. Una zona arqueológica presupone la existencia de un potencial económico, social, político y sociológico, tanto como base para su surgimiento original, cuanto como resultado de su redescubrimiento o reconstrucción. Planes de excavación o reconstrucción y su subsecuente explotación para fines turísticos pueden promover o desviar el desarrollo de una población, y un "cerro de ídolos" puede terminar como "vaca lechera" ya no sólo para la población misma, sino también para explotadores foráneos.

Tal vez no fuera mala idea, al hacer planes para futuras temporadas de trabajo, tomar en cuenta algunas de las conjeturas de García Payón, especialmente en cuanto a la estructura original del monumental Edificio IV, situado hacia el oriente y que, según él, dejaba penetrar místicamente los primeros rayos del sol naciente mediante un sistema de techos divididos, para llevar a cabo una *reconstrucción* consecuente, la que nos daría un conjunto de templos tal y como podían haber existido en vísperas de la conquista. Por supuesto, esto presupone una obra de investigación interdisciplinaria de larga duración que sitúe el complejo de los templos aztecas dentro de la trayectoria histórica del lugar y en relación con los demás monumentos históricos existentes.

Por lo pronto debemos un agradecimiento al informe, y también a los intentos de interpretación de García Payón, primer encargado de redescubrir un pasado casi olvidado, y al bibliófilo Mario Colín por habernos hecho nuevamente asequible este trabajo.

Lothar KNAUTH
UNAM

Luis MURO: *La expedición Legazpi-Urdaneta a las Filipinas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975, 158 pp. [SepSetentas, 179].

Explorar regiones desconocidas ha provocado en el hombre una excitación, una fascinación sin igual, distinta de la emoción produ-